

## ***Geopolítica y geocultura.* España: Ediciones Kairós. 2007. 336 pp.**

Immanuel Wallerstein

**Por Emilio Sabatino**  
UBA – FFyL

### **Introducción**

Publicado en 1991 y traducido al español en 2007, *Geopolítica y geocultura* es la compilación de una serie de ensayos escritos por Immanuel Wallerstein durante la década de 1980. En las 328 páginas que recorren la obra se analizan una serie de problemas que el autor agrupa en dos apartados que dan nombre al libro. En ellos examina, por un lado, las consecuencias políticas, económicas y sociales de la crisis sistémica de la “economía-mundo capitalista” y, por otro, la dimensión cultural y su nuevo rol en las perspectivas de cambio social.

Sociólogo, investigador y profesor de la Universidad de Yale, su obra magna de 1974 *El Moderno Sistema Mundial*,<sup>1</sup> convirtió a Wallerstein en el principal exponente del análisis del sistema-mundo y brindó el marco teórico que sentó las bases de toda su labor intelectual posterior.

El interés que anima a Wallerstein a compendiar los trabajos publicados en el libro de marras es intentar explicar que “el final del comunismo” marca el final de una era. No fue un hecho repentino e inesperado, sino parte de un proceso más amplio cuyo elemento principal deviene en el fin de la hegemonía estadounidense del moderno sistema mundial. Analiza desde una confluencia de corrientes (la escuela de los *Annales*, el marxismo, la teoría de la dependencia), avizora —en medio de la avasallante onda neoliberal que daba por hecho el fin de la historia— el fin del capitalismo, al concluir que 1989 marca un agravamiento de las contradicciones y el paso a una transición caracterizada por la decadencia norteamericana.

## Geopolítica

Para comprender el significado de 1989 el autor considera que deben tenerse en cuenta tres “vectores” que vertebrarán todo su trabajo: el patrón cíclico de las hegemonías en el sistema mundial moderno, el florecimiento de los barnices ideológicos de la economía capitalista entre 1789 y 1968 y el proceso (incierto) de transición de un sistema histórico a otro.

En los ciclos del dominio capitalista Estados Unidos comienza su hegemonía, luego de Gran Bretaña, con la “Gran Depresión” de 1873. El fin de este ciclo se manifiesta en el declive del “atlantismo” y la subsiguiente restructuración de alianzas mundiales que tienen como base económica la decadencia estadounidense que ni el enfoque “realista” del trío Nixon-Ford-Carter ni el planteo “bravucón” de Reagan pudieron contrarrestar.

Wallerstein analiza, a partir de un razonamiento inductivo, una alianza económico-política entre Japón y EE.UU., donde el primero ofició de socio subalterno dejando en el camino a Europa Occidental, para la cual pronostica que la relativa ausencia de violencia y estabilidad política (del período de la guerra fría) tendría sus cimientos debilitados por el ingreso en una fase B del ciclo de Kondratieff por el fin del empuje del motor económico de EEUU.

El otro eje de su análisis comprende cómo se cimentaron las ideologías que constituyeron, en el largo plazo, la geocultura de la economía mundial capitalista. En esa clave la Revolución Francesa hizo madurar un sistema de valores en consonancia con la acumulación ilimitada de capital e introdujo en las mentalidades la normalidad del cambio. También el gran cambio que se produce en 1917 no tiene por fundamento la antinomia ideológica entre EE.UU. y la URSS, sino que pone en el centro de la escena la “cuestión Norte-Sur” donde ambas versiones del liberalismo —el Wilsonianismo y el leninismo— (Yalta mediante) se emblocan contra el Sur. Esta sería la cubierta ideológica del sistema mundial. Siguiendo con su óptica, 1968 representó una ruptura fundamental contra las premisas intelectuales de la geocultura de la economía capitalista, definida como el marco cultural dentro del que opera el sistema mundial. Este desafío, en el plano de la geocultura, acompañaría la decadencia geopolítica de EE.UU. y adopta tres vertientes. El rechazo a los valores universalistas del liberalismo a través de un nuevo énfasis en la cultura; la creación del sexismo y el racismo como vertebradores de una estrategia de cuestionamiento a la geocultura, y por último el surgimiento de una nueva ciencia, un ataque directo a las bases intelectuales del sistema mundial en el que los procesos lineales y la reducción son sustituidas por la interpretación de la complejidad. Para Wallerstein “1968 se convirtió en el sepulcro ideológico del presunto protagonismo del proletariado industrial.” (2007:103)

Sin embargo esto no se demuestra, como señala Chris Harman:

El cuadro de conjunto no es de desintegración o de declive de la clase trabajadora sino que, a escala mundial, la clase trabajadora es más grande que en cualquier otro momento, incluso si la tasa de crecimiento se ha desacelerado con las crisis sucesivas en la economía mundial y la tendencia en todas partes hacia formas de producción intensivas en capital que no emplean a nuevas personas en cantidades masivas (Harman, 2002).

Por lo tanto “lo que cada vez importa más (...) es que esta generación (de activistas) encuentre las vías para relacionarse con la gran masa de trabajadores (...) cuya explotación mantiene funcionando al sistema.” (Harman, 2002)

Aunque la verdadera importancia de la revolución de 1968 –según su opinión- radica menos en su crítica del pasado que en las cuestiones que planteó sobre el futuro, reconoce que estos nuevos movimientos antisistémicos “no han ofrecido todavía una estrategia alternativa del todo coherente”. (Wallerstein, 2007:119)

Un párrafo aparte merece la caracterización que hace el autor del “marxismo-leninismo” asignándole un rol cada vez menor como estrategia e ideología de transformación, a diferencia de las ideas de Marx que prometen seguir floreciendo. Wallerstein considera que “el marxismo-leninismo funcionó más como una ideología de desarrollo nacional que como ideología de construcción socialista” (2007:137). Oculto en nombre del “marxismo-leninismo” omite criticar al stalinismo, verdadero ideólogo del planteo del “socialismo en un solo país”. Los revolucionarios de 1917 pensaban sin embargo que “el socialismo como etapa del desarrollo de las fuerzas productivas solo es posible en la escala de la producción mundial ya creada por el propio capitalismo” (Rieznik, 2004: 120). Wallerstein expone esto al plantear que incluso la economía capitalista esta lista para superar las fronteras nacionales: “el desarrollo nacional en esencia es un concepto ilusorio dentro del marco de una economía capitalista mundial” (2007:137)

Wallerstein encuentra que el moderno sistema mundial capitalista, como sistema histórico, es perecedero, al estar atravesado por contradicciones internas que llegan a un punto que no pueden reajustarse dentro de los marcos de su lógica y de sus instituciones vigentes, ingresando allí a un período de crisis o transición. Sin embargo cuando intenta describir la esencia de lo que para él es la contradicción principal del sistema, a saber, el “curioso doble papel del acumulador de capital”, su interpretación entra en un terreno difícil de justificar. Concretamente, el capitalista tendría dos comportamientos: en el corto plazo, como “capitalista salvaje” que busca reducir costos y aumentar precios y, por otro lado, en el mediano plazo como “capitalista cooperativo” donde para asegurar el “buen funcionamiento del sistema” debe aumentar la creación de demanda efectiva, o sea aumentar el ingreso de los estratos obreros y cooperar con otros empresarios a fin de reducir la rivalidad de carácter extraeconómico entre los Estados.

## Geocultura

En el apartado “Geocultura” se analizan distintos problemas relativos al marco cultural dentro del que opera el sistema mundial. En primer lugar el autor nota una tensión entre las identidades nacionales y el sistema interestatal, como la superestructura política de la economía capitalista. Y a su vez una ambivalencia entre nacionalismo e internacionalismo, en tanto conceptos que pueden estar al servicio de una causa antisistémica como en la defensa del *statu quo*. Es decir ambas representan respuestas político-ideológicas a las condiciones estructurales que se hallan implícitas en el proceso de acumulación de capital.

La cultura es así un terreno de batalla ideológica: por eso intenta trazar su evolución estableciendo que existe una división del trabajo única y el marco político en el que se desarrolla no ha sido un imperio mundial sino un sistema interestatal, que en sí mismo es producto de la evolución histórica del sistema. En este tipo de organización se ve la primera contradicción, según Wallerstein, con presiones económicas de carácter “internacional” y presiones políticas predominantemente “nacionales”. Las sucesivas expansiones del sistema capitalista, que incluyen presiones militares, políticas y económicas, conllevan a un proceso de incorporación complejo que marca una segunda contradicción entre modernización u occidentalización.

Wallerstein deja de lado el concepto de *imperialismo* y recurre al de *globalización* para explicar la exacerbación de estos fenómenos contradictorios. La globalización abre perspectivas hasta para el derecho internacional, pero por otro lado los Estados se transforman cada vez más en cárceles de los pueblos.

Para el autor el sistema de ideas de la economía capitalista mundial es el resultado de nuestros numerosos intentos colectivos históricos por aceptar las contradicciones de la realidad sociopolítica de este sistema concreto. Por lo tanto tal construcción no es "neutra". De todos modos, Wallerstein acuerda con un razonamiento complejo que precisa de un equilibrio delicado de sensibilidades como "tener consciencia de raza, pero no ser racista". En su planteo intenta demostrar cómo las ideologías del universalismo y sexismo-racismo están contenidas en estas contradicciones constituyendo ambas una pareja simbiótica.

Las ideologías han sido medios poderosos para contener las tensiones del sistema mundial pero también sirvieron como ideologías de transformación. Esto es lo que justifica al terreno de la cultura como un terreno de batalla ideológica.

Wallerstein se pregunta si puede existir algo semejante a una cultura mundial. Para responder a esta cuestión descarta las explicaciones que conducen a una tendencia lineal hacia un mundo único como las que plantean que las sociedades humanas pasan por las mismas etapas de evolución, que al fin y al cabo llevaría a la misma conclusión que la anterior. Prefiere partir de un modelo en el cual solo se supiera con certeza que ha habido y habrá una sucesión de sistemas, que dejarán abierto su contenido como su forma. De este modo, observa que "la historia del mundo ha sido todo lo contrario a una tendencia a la homogenización cultural; ha plasmado, en cambio, una tendencia hacia la diferenciación cultural, o hacia la elaboración cultural o hacia la complejidad cultural" (Wallerstein, 2007: 262). El autor no cree en una cultura mundial depurada, ni en aferrarse a lo étnico o nacional sino como un mero punto de apoyo transicional. Cree que no existen equilibrios duraderos, de ahí que nunca la humanidad alcanzará un mundo igualitario y libertario estable, ya que el funcionamiento de todos los sistemas tiende a alejarlo de estos ideales. Por eso para combatir ese "alejamiento" no quedaría mas remedio que recrear identidades culturales particularistas (artes, ciencias, identidades siempre nuevas) de carácter social cuyo objeto sería restaurar una realidad universal basada en la igualdad y la libertad.

### Consideraciones finales

Su trabajo anticipa la crisis capitalista en el momento de mayor euforia y tiene un planteo crítico del rol contrarrevolucionario que jugó el aparato burocrático soviético en el escenario mundial (aunque omite la caracterización de la URSS como un Estado obrero que ofrecía un modelo de organización social alternativo). Por otro lado señala incorrectamente que el capitalismo "perecerá víctima de sus propios éxitos, no de sus fracasos" (Wallerstein, 2007: 28) dejando de lado las contradicciones que genera su desarrollo y los límites que impone al progreso de las fuerzas productivas. De esta manera Wallerstein invierte de "exitoso" al capitalismo aun en su fase decadente. Así obstruye el desarrollo del "factor subjetivo" necesario para la transformación social pretendida.

En el plano teórico visualiza cómo la economía mundial capitalista socava sus propias bases a partir de la agudización de sus contradicciones. Aun mas: plantea que el "declive" es inevitable, sin embargo no pone el acento en esta caracterización para analizar el

desarrollo de la crisis actual ya que siguiendo sus pronósticos ésta (también) podría tener un carácter cíclico:

...en la medida que la economía capitalista mundial siga experimentando sus ritmos cíclicos Japón está destinado a desempeñar un papel cada vez mas importante en este sistema, sin embargo en la medida que la economía mundial capitalista se halle inmersa en una transformación estructural, puede que este ciclo hegemónico nunca llegue a cumplirse” (Wallerstein, 2007: 70).

Sin embargo la crisis actual no se reduce, ni siquiera tiene como característica central la llamada crisis de hegemonía de EE.UU.:

... lo que en verdad está ocurriendo es una crisis del modo de producción capitalista en un nivel jamás alcanzado en la historia (...) esto evidencia un nivel de crisis económica que no se transforma en catástrofe directa debido a la situación política en el contexto mundial, de los Estados imperialistas, y las medidas que esa situación les permite adoptar, medidas que se sitúan, no en el plano de la economía sino en el de la política (Coggiola, 1993: 95).

Su marcada influencia por la teoría de las ondas largas de Kondratieff, por otro lado, no le permite comprender a Wallerstein que

... la esencia de las leyes que presiden el ciclo y la crisis de la economía capitalista, derivadas de las propias leyes de movimiento del capital (basadas en la ley del valor) y originadas en el aumento de la composición orgánica del capital en las condiciones de reproducción ampliada; de donde surge la caída tendencial de la tasa de beneficio y que es una ley tendencial (como toda ley histórica) en un doble sentido porque 1) se verifica en condiciones económicas concretas, donde aparecen factores que la aceleran o la atenúan, sin cambiar su dirección fundamental y porque 2) expresa la tendencia del capitalismo hacia su propia autodisolución, en virtud de sus propias leyes (dialécticas) internas, o sea el límite para el capital es el propio capital (Coggiola, 1993: 96).

El capitalismo llegó hace tiempo al límite de su desenvolvimiento, con la primera guerra mundial, la crisis del 1930 y la segunda guerra mundial. Donde a través de los recursos políticos del Estado y de una enorme centralización económica encontró en el pasado los medios para salir de la crisis en términos cíclicos. Pero esas medidas extraeconómicas desnudaban un régimen que se sobrevivía a sí mismo: no eran las fuerzas productivas las que, desarrollándose libremente, superaban sus obstáculos, sino la intervención de la fuerza, el poder del Estado y la guerra.

El modelo de transformación que elabora Wallerstein, un período de “bifurcación” que se abre con la caída de la URSS y que daría la oportunidad para el verdadero cambio, donde ahora sí pequeñas fluctuaciones pueden provocar grandes cambios, a diferencia de las desilusiones que provocaron los movimientos revolucionarios del siglo XX, tiene como pieza fundamental el “determinismo” o la inexorabilidad como causante de esos fracasos (Wallerstein, 2007: 27).

Este tipo de planteo tiene como defecto que elude el estudio de las distintas alternativas político-programáticas que se pusieron en juego en aquellas revoluciones que, en muchos casos, plantearon un salto cualitativo por encima del estalinismo —y en todo caso habría que ver por qué fueron derrotadas.

Trotsky resume en una cita una respuesta simple a estos planteos, sin caer en el ahistoricismo y el determinismo y ofreciendo un horizonte político a los “movimientos”, en

vez de clausurar las perspectivas de lucha en pos de planteos abstractos como el del "período de bifurcación" de la siguiente manera:

El mismo acto de entrar al gobierno no como huéspedes impotentes sino como fuerza dirigente permitirá a los representantes del proletariado quebrar los límites entre el programa mínimo y el máximo, es decir, poner el colectivismo a la orden del día. En que punto se detendrá el proletariado dependerá de la relación de fuerzas, no de las intenciones originales de su partido. (...) ¿Debe inevitablemente restringirse a los límites de la revolución burguesa la dictadura del proletariado? ¿No puede plantearse, sobre las bases histórico mundiales existentes, alcanzar la victoria rompiendo esos límites? De una cosa podemos estar seguros sin el apoyo estatal directo del proletariado europeo la clase obrera de Rusia no podrá permanecer en el poder ni convertir su gobierno temporario en una dictadura socialista prolongada. De aquí, sin embargo, no se desprende en absoluto un pronostico pesimista: la emancipación política encabezada por la clase obrera de Rusia la eleva como dirigente a alturas históricas sin precedentes, le otorga fuerzas y recursos locales y la convierte en pionera de la liquidación mundial del capitalismo, para la que la historia creó todos los requisitos objetivos necesarios (Trotsky, 1973:123).

El autor se preocupa más por hacer abuso de un ejercicio de especulación geopolítica en torno a los posibles cambios en la cima de la hegemonía mundial; que, sin embargo — además de ser conjeturas— no conducen a clarificar una alternativa política progresiva, ante la magnitud de la crisis que observa. De hecho no arriesga ninguna propuesta superadora no pudiendo más que, cuando analiza las lecciones de la "gran" revolución del 68, pasar de las tesis a las preguntas.

## Notas

1 Una obra que continúa con la aparición de otros dos volúmenes en 1980 y 1989 cuya trilogía ha sido traducida a más de veinte idiomas y que se amplió con la publicación de su cuarto volumen en 2011.

## Referencias

Coggiola, Osvaldo (1993): "Ciclos largos y crisis económica", en *En defensa del Marxismo* nº 6. (Julio). Buenos Aires: Rumbos.

Coggiola, Osvaldo (1996): "Globalización y socialismo", en *En defensa del Marxismo* nº 15 (Diciembre). Buenos Aires: Rumbos.

Harman, Chris: "La clase trabajadora en el siglo XXI" en *Lucha, anticapitalismo y revolución*. <http://www.enlucha.org/site/?q=node/15981#Chris>

Rieznik, Pablo (2004): *Las formas del trabajo y la historia, una introducción al estudio de la economía política*. Buenos Aires. Biblos.

Trotsky, León (1973): *Resultados y perspectivas. Tres concepciones de la revolución*. Buenos Aires: Yunque.